

Ernesto Sábato Prefiere la Miseria Física a la Espiritual

BUENOS AIRES, 19 de abril (EFE).— Muchas personas se rebelan contra la falta de diálogo en una sociedad progresivamente tecnológica y, por tanto, mortalmente silenciosa.

Ernesto Sábato teme que el avance interminable de esa tecnología acabe por profanar al hombre, convirtiéndolo en una pieza más de sus propias invenciones. Un cálculo matemático, un mero dato de computadora.

Otros pensadores esperan —sin esperanza— que la idiferencia del individuo hacia el individuo mismo, no desemboque en el advenimiento monstruoso de un mundo poblado de sombras rumbo a todas las renunciaciones.

Dice este escritor argentino que prefiere mil veces la miseria física a la miseria espiritual, porque, por lo menos, la primera puede preservar grandes valores del espíritu, que son los más importantes.

El silencio y la soledad se los va tejiendo el hombre en nombre de una aspiración que lo haga artífice de su propia destrucción: desentrañar insondables misterios sin ninguna utilidad puramente humanística.

En principio nos propusimos independizarnos sin saber realmente de qué ni para qué. Luego conseguimos convertirnos en islas inhóspitas y áridas.

Ionesco confiesa que tiene pensado pedir la independencia de su distrito en París, puesto que ya existe la comuna libre de Montmartre. Entre todos los distritos independientes "instalaremos la aduana y habrá que mostrar pasaportes".

Queremos ser absolutamente independientes, absolutamente libres, olvidando que somos sociales y que la libertad está acotada por la libertad de los otros y por ciertos principios de respeto a la comunidad sin la cual es indeseable vivir.

Esta actitud absurda de querer encerrarnos en compartimentos estancos, con soberbias, degeneró en el silencio. En una "sociedad callada", como la llama Leandro Pita Romero.

De acuerdo con este ameno cronista

español, radicado en Buenos Aires, ya no se dialoga ni se escriben cartas. Se recurre al teléfono o al telégrafo. Existe una comunicación de mudos. Se ahorran palabras y hay crisis del lenguaje, "que es la nobleza del ser humano".

Lo normal es ignorarse, lo anómalo es hallarse. En las grandes ciudades, como en los desiertos, nadie se encuentra, nadie dialoga. Los clubes —añade Pita Romero— albergan, a ratos, tristes cenáculos de amigos ancianos, supervivientes de la conversación, arrinconados en algún pelado sofá, a media luz, en que se habla poco y en voz baja.

Añora la tertulia; que es lo opuesto a la multitud: Los contertulios comentan, susurran, discretean. Y la multitud grita. Hubo un tiempo de salones. Hoy es tiempo de masas. Vivimos dominados gustosamente por una rapidez en la que vamos "motorizándonos" inútilmente. Hay prisa por llegar y prisa por volver, sin saber para qué.

Las parejas amorosas ya no vagan ni divagan por la alameda. Fuman y beben en el bar o la cafetería. Algunas hablan de Picasso basándose en lecturas no digeridas. Otras no hablan, actúan. Quieren vivir apresuradamente su vida.

La política, los deportes, las "boites", pueden ser una válvula de escape, pero, al final, llega el aislamiento. Es la consabida "soledad de dos en compañía". No hay paciencia para dominar el tiempo y dejamos que el tiempo nos domine.

Lo humano decrece y el mundo está amenazado de un tedio saturado de comodidades. Esa gente tan avara de su tiempo, lo pierde. "Desconocen el ejercicio de la solidaridad espiritual, que es el más barato de los placeres" comentaba el citado periodista.

Ante tal despiste nacional e internacional, Sábato prefiere leer libros y sobre todo aquellos que han resistido el paso del tiempo. Son los que verdaderamente nos ayudan a vivir, a encontrar un sentido de la existencia.

Pero el escritor sabe que tampoco hay tiempo para esto, porque después de una



Ernesto Sábato

agitada jornada, dedicada al trabajo, tanto el ejecutivo, como el oficinista, el tornero, el ingeniero o el deportista, desean descansar o distraerse.

Pero descansar o distraerse, sin dialogar, porque eso —para ellos— está ya muy trillado y los temas se repiten hasta la saciedad. Para dialogar hace falta comprensión, amistad. La impaciencia y el tedio nos consumen.

El autor de "Uno y El Universo" está convencido de que pertenece a una fauna en extinción, a esa clase de hombres que todavía prefieren el diálogo al insulto, la piedad a la tortura. "Con infinita tristeza me inclino a creer que nadie escucha, o casi nadie, a esos melancólicos ilusos".

Vivimos —sufrimos— una crisis de comunicación. Mientras más medios haya para esto —o tal vez por eso, precisamente— menos deseos hay de conocerse a través de la conversación... hablada o escrita.

Porque ni siquiera se llena ese vacío con las cartas. Tampoco el género epistolar, confiado, íntimo, personal, tiene ya cabida en los hábitos modernos.

Hasta en las humildes aldeas había antes tertulias en las tabernas. Pero oyeron decir que el tiempo es oro y se dedicaron a enriquecerse. Por eso hay tanta infelicidad en el mundo...